

Señora, y salen gritando con los heraldos ¡viva el rey! El legado sabe la asombrosa nueva por conducto del gentil-hombre que le envía el mismo Enrique IV, para advertirle que será respetado como representante de Su Santidad (1). La Bastilla, que el duque de Feria hizo guarnecer de cañones quince días antes, «para que pudiera tener en freno á Paris» (2), capitula á la primera descarga de diez piezas que el rey manda poner en batería delante de sus fosos (3).

El duque de Feria comprendió que no había probabilidad alguna de triunfo contra una capital en que se abrazaba el ejército sitiado con el sitiador. «La guarnición que el duque de Umena tenía, escribe (4), estaba obediente al gobernador y quizá con voluntad de su amo; la de V. M. con este suceso, rodeada de enemigos de dentro del lugar y de los que entraban de fuera, estuvo en sus cuarteles... y viendo como todo estaba perdido, acepté esta condición y dí mi palabra de que ninguna de la gente de V. M. movería las armas.» Los alemanes á sueldo de Felipe II habían depuesto ya las suyas (5); Feria é Ibarra estaban separados, y tuvieron que aceptar los ofrecimientos del vencedor, que quería vencerlos en buena guerra (6), esto es, no degollarlos según el uso. Su salvo-conducto firmado por Enrique IV está redactado en términos bien franceses (7). «Señor Don Diego de Ibarra: habiendo Dios permitido que muchos de mis súbditos hayan vuelto á la obediencia que me deben, como particularmente mi primo el mariscal de Brissac, mi tribunal de Parlamento, el preboste de los mercaderes, regidores, burgueses y habitantes de mi buena ciudad de Paris han hecho, he tenido á bien daros á vos y á las tropas extranjeras que hay en mi dicha ciudad, salvo-conducto y escolta para que os retireis con vuestras banderas, armas y bagajes, al lugar que os parezca, lo que he hecho en la seguridad de que no os hareis indigno de esta gracia con ningún acto de oposición. Por lo cual ruego á Dios, Sr. Don Diego de Ibarra, que os tenga en su santa guarda.»

A las dos de la tarde todo había terminado. Los napolitanos desfilaron por la puerta de Saint-Denis, seguidos de los españoles con el

- (1) Relacion de Mocenigo.
- (2) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 41. El 4 de marzo 1594.
- (3) Relacion de Mocenigo.
- (4) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 64.
- (5) *Ibid.* p. 60. La Sociedad de la Historia de Paris podría publicar estas relaciones de Feria y de Ibarra, muy pintorescas ciertamente.
- (6) Mocenigo.
- (7) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 43. Creo que Ibarra recibió la misma pieza original.

duque de Feria, y luego de los valones con Don Diego de Ibarra. Enrique IV se gozaba en su triunfo. «El príncipe de Bearne, dice el duque de Feria, estaba en una ventana sobre la puerta de San Dionis, por donde salimos, á quien quité el sombrero quando passé y él hizo lo mismo. Estaba vestido de mezcla parda y un sombrero negro con una grande pluma blanca: al pasar las banderas que yban tendidas, no hicieron ninguna cortesía.» Ibarra prohibió también á sus alféreces saludar con las banderas al rey de Francia. «Lo más que en este accidente me admiró, dice, fué se diessen dos puertas al enemigo y entrassen dentro con tan gran golpe de gente, sin que hubiera alarma ni alboroto en la villa ni un solo católico armado.»

Por la noche, los soldados extranjeros acampaban á tres leguas de Paris y se retiraron luego á Laon (8).

«La pérdida de Paris ha empeorado los negocios de manera que temo mucho se ha de llevar tras sí lo más que queda,» añade Ibarra. «Rosne está decidido á continuar la lucha, escribe Tassis con su buen sentido habitual, cuando se le participan los desórdenes en Bruselas (9). Todo esto está bien, pero queda por ver lo que para ello querrán y cómo se les podrá cumplir.»

El golpe era en efecto tan decisivo que el irascible cardenal Pellevé cayó muerto al oír anunciar debajo de sus ventanas la entrada del rey, y la duquesa de Montpensier, la antigua soberana de Paris, se presentó humildemente en el Louvre á expresar á Enrique IV cuánto sentía que su hermano Mayena no le hubiera bajado el puente.—Así no hubiera yo llegado tan temprano, contestó de buen humor el rey. Pero no perdonó igualmente á Brissac la duquesa.—Tiempo hace, dijo, que lo tenía por cobarde; pero hasta hoy no lo tuve por traidor.

Los hombres como Brissac son necesarios á veces, pero nunca son honrados: un día en que delante de él le envidiaba un cortesano su suerte de haber dado la ciudad de Paris á su rey— ¡Pardiez! exclamó Enrique IV; no se me ha dado, se me ha vendido: lo que no impidió á Villars Brancas hacer con Ruan lo mismo que Brissac con Paris (10), casi inmediatamente, recibiendo tres millones y medio de libras y el título de almirante de Francia. Villeroy que, al

- (8) Relacion de Feria. «Llegamos aquella noche á un lugar, tres leguas de Paris, que se llama Blacmenin.»
- (9) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 39, del 30 de marzo 1594.
- (10) *Ibid.* p. 69. Tassis al rey, 15 abril 1594.

decir de un buen juez, era el hombre más hábil de su siglo (1), había precedido á Brissac entregando á Pontoise por recobrar su empleo de secretario de Estado.

Entre Laon, Beauvais y la Fere se refugiaban todos los agentes españoles con sus partidarios: la consternación era grande entre ellos.—El conde de Mansfeld no hará nada este verano, decía Ibarra (2); no se paga á su ejército.—La Normandía está perdida, escribía á Don Martin de Gurpide, que había sido expulsado de Ruan (3). «El estado de las cosas en Bretaña es no bueno, y se puede temer peor, si no se pone remedio» (4), hacia anunciar á Felipe II Don Mendo de Ledesma. «Pensar tratar de realidad ó de recompensa della sería cevarse de ayre y de viento; vamos muy de cayda,» hacia observar Tassis (5).

Pero el más desalentado de todos era el duque de Feria. Sabía los implacables rencores de su amo: sus descalabros ante los Estados, su sorpresa en medio de Paris, su capitulación, todo lo humillaba. Fuera de esto, había tenido, durante esta crisis, la dolorosa noticia de que su mujer había muerto en Madrid (6). Don Juan de Idiaguez y el duque del Infantado encargaron á Ibarra le diera con precaución tan triste nueva; pero «estando con el duque, contesta Ibarra, y antes de cortar los hilos, abrió él una carta del conde de Chinchon en que se lo escribía; de manera que yo no tuve lugar de hacer lo que V. S. y el duque del Infantado me mandaban, sino ayudalle á llorar su trabajo como quien tan abiertas tiene las llagas.» Felipe II era más clemente con los generales desgraciados que con los vencedores. Ya había cubierto con su indulgencia al duque de Medina Sidonia, después del desastre de la armada invencible; no al desacierto de los jefes atribuía él los reveses, sino á la justicia de Dios, que le probaba por su bien ó le castigaba por sus pecados. Distinguía también con amistoso afecto á la madre del duque de Feria, la vieja inglesa que le recordaba su segunda mujer y su juventud, y que era casi lo único de su vida pasada que sobrevivía á su lado. Esta enérgica mujer ejercía gran influencia sobre su hijo, que le escribía con frecuencia desde Paris, y ella decidió

- (1) Cardenal de Retz, *Memorias*, t. I, p. 348.
- (2) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 60.
- (3) *Ibid.* p. 74.
- (4) *Ibid.* K. 1591, p. 37. Misión del capitán Oracio Minuci.
- (5) *Ibid.* K. 1590, p. 71.
- (6) Era hija del duque de Alba; se casó en 1581 y aportó en dote cien mil ducados. Véanse *Cartas de Madrid*, 30 octubre 1581.

al rey á dirigir al duque de Feria una carta de pésame por la muerte de la joven duquesa (7).

VI.—La almoneda de los ligueros

Los franceses son inclinados de suyo á todo nuevo régimen: el ejemplo puede más en ellos que el interés; no hay en este momento ciudad en Francia que no quiera imitar á Paris (8). Pero los gobernadores prefieren á Brissac á los regidores de Paris y tienden á Enrique IV las manos que Felipe II no les llena ya de doblones: menester fueron novecientas mil libras para La Chastre, seiscientas setenta mil para Boisdaphin, cerca de nueve millones para los Guisas y Lorenas (9); de suerte que Sully se lamentaba de ver desperdiciarse así el dinero entre los peores enemigos; cuando Bongars exclamaba: se pierde más que se gana en comprarlos, pues nos despojan aun en nuestra desnudez y hay que darles hasta nuestra sangre.—Amigo mio, contestaba Enrique IV, sois muy necio en este punto: si hubiéramos de tomarlos á la fuerza, nos costarían diez veces más.

Felipe II tenía más que ofrecer: viendo que Francia se le escapaba de las manos, quería recortar los harapos, y con un giro inesperado, se agarraba á la ley sálica y pedía para su hija las provincias que dependían del derecho franco, entregando las demás á los jefes dispuestos á ayudarle. Para él los países recién adquiridos, Bretaña, Provenza, Borgoña (10); el Languedoc para Joyeuse, que escribe de Tolosa (11): He inutilizado á los que podían oponerse á nuestras intenciones.—Epernon, que pasaba por neutral entre los partidos, comienza á creer que podría arreglar para sí una soberanía en el Lemosin y la Guyena: tiene la delicadeza de no comunicarse directamente con Felipe II, pero transmite sus proposiciones de alianza al archiduque Ernesto, el cual las hace conocer en Madrid por medio del capitán Serrano (12).

Mas tiene por rivales en Guyena á Villars-Savoie, que se traslada á Madrid, donde se da tono de personaje, á fin de sacar de la con-

- (7) El duque de Feria fué enviado otra vez á Paris en 1610 á cumplimentar á Luis XIII por su advenimiento (K. 1593, pág. 59) y continuar las negociaciones de su matrimonio con una hija de Felipe III. Este matrimonio había sido ya propuesto por el jesuita Cotton. (*Ibid.* p. 60). V. Perrens, los *Matrimonios españoles*.
- (8) Mocenigo, 17 abril 1594. «Essendo questa natione portata per natura dalle cose nuove e dall' esempio d' altri con quali ha interesse di comodità. Non è città in Franza che con l' esempio dell' altre rendute al Re non habbia procurato ogni possibile per fare il medesimo.»
- (9) Sully, cap. CLI.
- (10) Ms. Arch. nac. K. 1594, p. 1, 4 y 9.
- (11) *Ibid.* K. 1596, p. 60, abril 1595.
- (12) *Ibid.* p. 10, diciembre 1594.

fusion general un reinezuelo de Burdeos (1). Y Lanssac y el obispo de Comminges, su hermano (2), que intrigan con los empleados, se ponen bajo la proteccion de Fray Mateo de Aguirre (3), proponen introducir en la Girona las galeras españolas y suministran planos de Burdeos, haciendo al mismo tiempo traicion á Felipe II con cartas secretas dirigidas á Montmorency, para volver por su mediacion á la gracia de Enrique IV (4).

Cuanto más dinero distribuye el rey de Francia, tanto más obligado se halla Felipe á suministrarlo, y las liberalidades de España obligan igualmente á Enrique IV á exagerar sus sacrificios pecuniarios. Todos se ponen en subasta: Daillon en Poitou y Nemours en el Forez alzan la voz y acriminan á Rosne y á Mayena (5). Felipe comienza á sospechar que sus partidarios toman el dinero á dos manos: desconfía, sobre todo, del duque de Mercœur, que se compromete á mantener la Bretaña á su devocion, mediante la asignacion de cuarenta mil escudos de oro mensuales (6), porque un tal Ives de Cormilla de Coedon le advirtió que Mercœur engañaba á los españoles y queria conservar para sí la soberanía del país (7).

Con todo eso, á Bretaña dirige Felipe II sus esfuerzos. En 1593 tenia cuatro mil españoles en Blavet, Auray y Pontivy (8): les envió el año siguiente (9) una escuadra cargada de plomo, pólvora y galleta, lo que era bastante para obligar á Mercœur á dirigirla las más humildes protestas de adhesion (10); pero muy poco para asegurar una conquista. El capitán Diego Brochero resume consagacidad la situacion (11). «Todo lo que se pretenda desta provincia esperar tiempo, gente, dineros y reputacion, porque quando tubiésemos toda la Bretaña conquistada, sería imposible sustentarla, mayormente con los maltratamientos que de nosotros ha rescivido.»

Enrique IV no tenia necesidad de dividir así sus esfuerzos; agarrábase sólidamente al valle del Sena y lo iba desembarazando más y más cada día; pero sí necesitaba todo su prestigio militar para tener á raya á los protestantes,

(1) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 113, setiembre 1594.

(2) *Ibid.* K. 1584, p. 53.

(3) *Ibid.* p. 70.

(4) *Ibid.* p. 108.

(5) *Ibid.* K. 1584, p. 100 á 107 y 133 145.

(6) *Ibid.* K. 1596, p. 86.

(7) *Ibid.* K. 1594, p. 20.

(8) *Ibid.* K. 1580, p. 131 á 138.

(9) *Ibid.* K. 1591, p. 159.

(10) *Ibid.* K. 1569, p. 216, Mercœur al infante de España, Nantes, 22 de julio 1595.

(11) *Ibid.* K. 1587, p. 140.

indignados de su abjuracion. Habia tenido la feliz inspiracion de reunirlos por medio de su hermana Catalina de Borbon, que habia dejado su castillo de Pau y sus lindas bearnesas y venido á su lado al Louvre, donde estaba rodeada de una corte de protestantes con las damas de Rosny, Rohan, Nevers y Montmorency. Pero las mujeres no comprenden las condescendencias en materias religiosas: Catalina de Borbon, á pesar del cariño que profesaba á su hermano, estaba inclinada á apartar á los católicos.—«Señor, decia, quieren que yo crea que está condenada nuestra madre (12).»

Enrique IV, por su parte, estaba resentido de que no lo hubieran seguido en su conversion sus principales amigos: los jefes de oposicion, cuando llegan al poder, tienen esta intolerancia con sus antiguos compañeros de combate; quisieran ellos que á la hora en que el espíritu de gobierno se hace necesario, olvidaran todos el espíritu de lucha. Además, perseverar en la Reforma, era vituperar tácitamente al rey, casi acusarlo de haber abjurado por interés, reprocharle su falta de conciencia. No era sólo la conciencia lo que se indignaba en los bravos caballeros de Enrique IV; acaso una especie de celos, excusable en cierto modo, se despertaba en ellos, viendo arrojar tantos escudos y tantos collares de órdenes y todos los cargos y empleos de corte á los enemigos, á quienes combatian de tanto tiempo atrás, vendiendo sus bienes y derramando su sangre: los vencedores, arruinados, se veian obligados á contribuir todavía al honor y riqueza de los vencidos. La clemencia apenas hubiera sido tolerada, la generosidad hubiera parecido inhábil, la prodigalidad causaba indignacion. «He visto, dice Mornay (13), hombre de estos que han atentado contra la vida, el honor y el Estado del rey en su propio lecho.» Todos los rigores son para los compañeros pesarosos, los teólogos adustos, los gascones batalladores.

Se necesitaba una nueva accion ruidosa para reprimir esta especie de motin de amigos y reunir á los enojados. Enrique IV cayó sobre Laon, donde los españoles se creian invulnerables. Mansfeld envió en socorro de la plaza un convoy de víveres y pólvora, escoltado por quinientos de sus mejores jineteres. Los españoles se pusieron en los morriones plumas amarillas para reconocerse de noche y se dirigieron

(12) La condesa D'Armaillé, *Catalina de Borbon*, p. 185 y 300.

(13) Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, tom. I, p. 378.

á la tienda de Enrique IV. Pero los hugonotes de la corneta blanca no dejaban sorprender á su antiguo camarada: muy luégo montaron á caballo y cargaron contra los de las plumas amarillas. Con esto, se despertó el campo real, y los españoles que no huyeron, mordieron el polvo, dejando el convoy en manos de los sitiadores (1). Laon capituló (2), y Felipe II, despues de tantos esfuerzos, quedó reducido á la plaza de la Fere en el Norte de Francia.

VII.—Negociaciones en la curia romana

Una fraccion notable del clero de Francia se habia adherido á Enrique IV sin esperar su conversion (3). En la curia romana, los cardenales italianos deseaban, como la mayor parte de sus compatriotas, el triunfo del enemigo de Felipe II, bien que no se atrevieran á pronunciarse francamente en favor de un hereje. El papa comprendia el peligro que hubiera hecho correr á su autoridad la preponderancia del rey de España. Enrique IV envió oportunamente dos embajadas al Padre Santo para obtener su neutralidad; una de ellas era puramente política: la componian el mariscal de Bouillon, el secretario de Estado Revol, y Saint-Gouard, que por su larga residencia en Madrid, conocia las ideas religiosas de Felipe II. El cardenal de Gondí, que partió al mismo tiempo, no recibió instrucciones directas de Enrique IV, pero se puso de acuerdo con los tres diplomáticos en Nogent, donde los encontró (4). Las dos embajadas presentaban al Padre Santo una nota (5) firmada por el cardenal de Borbon, el duque de Nevers, el canceller de Chiverny, Carlos de Montmorency y Francisco de O, en nombre de los «príncipes de la sangre y otros príncipes, duques, pares, cancelleres, mariscales de Francia, gobernadores de provincia, caballeros, eclesiásticos y todos los demás que pertenecian al partido real,» para obtener la absolucion del rey.

Las negociaciones no podian llegar á feliz término en tanto que Enrique IV permaneciera

(1) Mocenigo, fol. 49, Carta del 29 junio 1594 «Et in cima del morione le piume gialle per conoscersi fra essi, si avvicinarono fino all'alloggiamento del Re, e lo havevano messo in non poco disordine, se il solito ardire delli suoi soldati non si fossero valerosamente opposti: il combattere fu dall'una e l'altra parte per molto tempo dubbioso e incerto, ma in fine datosi all'armi tutto il campo convennero li spagnuoli ritirarsi et lasciare le vetovaglie per preda all'esercito del Re.»

(2) El 22 de julio de 1594.

(3) Como los cardenales de Gondí, de Borbon y de Lenoncour; el arzobispo de Bourges, R. de Beaune, Bec, obispo de Nantes Thou, Chartres; Fumée de Beauvais; Sourdis, de Maillesais; Angennes, Mans; Clausse, de Chalons; Daillon, de Bayeux.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 9. Nota inglesa á Isabel, interceptada por los españoles.

(5) *Ibid.* p. 55 y 56. Octubre 1592, y Ms. Bibl. nac. 3960, fol. 72.

en la herejía, como hacian constar con despecho los cardenales italianos. Así, pues, á la nueva de su abjuracion «toda Italia salta de plazer y en Roma todo se trueca en nuestro favor» (6). Sino que, pasado este primer movimiento de entusiasmo, juzgó el papa Clemente VIII que la absolucion debió ser concedida por él solo y que la ceremonia de Saint-Denis se habia hecho en desprecio ó menoscabo de sus derechos. Que esta susceptibilidad se fundase en los principios de la jurisdiccion eclesiástica, lo impugnó una Memoria de Pithou exponiendo «la justa y canónica absolucion del rey» por los prelados franceses (7); mas no por eso se dejaba de estar en la necesidad de satisfacer á esta nueva queja de Roma y de confesarse en actitud de sufrir una segunda absolucion. Los agentes de Enrique IV se sucedian allende los montes. Un prelado, á quien la viuda de Enrique III ocupaba en Roma gestionando la gracia y venía para celebrar las exequias de su marido, tomó á pecho los intereses de Francia y comprendió que era infalible el éxito. Este prelado, d'Ossat, obispo de Rennes, era ciertamente el hombre más notable del clero francés: tenia levantado espíritu, grandes miras políticas, estilo firme (8). Él fué quien aconsejó al rey que no exagerara las concesiones.—¿Qué arriesgais? le decia (9): estais en posesion; veremos quién puede esperar mejor, si los que están en el fuerte, al abrigo del calor de la lumbre, ó los que están fuera temblando bajo el granizo.

Clemente VIII sentia que estaba en conciencia obligado á aceptar el restablecimiento oficial del catolicismo en Francia. Pero sabia tambien que, irritando á Felipe II, se arriesgaba á provocar un cisma en España y una conflagracion en toda Italia. No es que diera gran importancia al cardenal Deza, el antiguo verdugo de los moriscos de Granada, que le daba á conocer los deseos de Felipe II (10). Pero el duque de Sesa, embajador español (11), «viendo al papa inclinado á admitir la conversion del rey, le declaró que su amo llevaria el hambre á Roma no permitiendo que se importaran granos de Sicilia, Nápoles ni otras tierras suyas. Y al con-

(6) Ms. Arch. nac. K. 1589 p. 64. Traducción española de la carta de Saint-Gouard, del 29 agosto 1593, interceptada por los agentes de Felipe II.

(7) En París, imprenta de Claudio Montreuil y Juan Richer, 1595.

(8) *Correspondencia del cardenal d'Ossat*, publicada por Amelot de la Houssaye, París, 1725. El registro de esta correspondencia está en los negocios extranjerios.

(9) *Ibid.* t. I, p. 378.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1594, p. 9.

(11) *Memorias de Nevers*, t. II, p. 716.

trario, reconvenía á Su Santidad diciéndole que ántes bien debía dejar que se arruinara Francia; porque entónces el clero no tendría fuerza para discutir sus privilegios, como lo había hecho, de manera que la autoridad del clero, del Parlamento, de la Sorbona, se convertirían en humo con los privilegios y libertades de la iglesia galicana.»

El papa creyó que los turcos amenazaban á Viena y envió á Madrid á su sobrino Gian-Francesco Aldobrandini, con el pretexto de implorar socorro de Felipe II contra los infieles (1); pero en realidad con el objeto de saber del rey de España en qué condiciones querría hacer las paces con Francia para hacer que las otorgara Enrique IV ántes de darle la absolución (2).

El sobrino nuncio hubo de consternarse á la vista de la decrepitud del rey y de la desolacion de España: las señales de la decadencia, de la impotencia, de la ruina, eran tan palpables, que por esta parte podía la Iglesia estar tranquila: el hombre que la dominaba de tanto tiempo atrás, no era ya de temer. El sentimiento de los españoles lealmente católicos estaba, al mismo tiempo, representado cerca del papa por un jesuita español, que era un erudito y un santo, el cardenal Tolet. Este verdadero cristiano despreció los caprichos de su rey para no atender más que á los intereses de la fe, é hizo ver al papa la necesidad de volver á abrir la Iglesia de Francia. Se asegura que otro personaje tuvo también alguna influencia: era éste un doctor francés, Serafin Olivier, auditor de la Rota y bufon de la corte pontificia.—Se dirá, decia, que Clemente VII perdió á Inglaterra con su vivacidad y Clemente VIII á Francia con su temeridad.—Y aún cuando fuera el mismo diablo, dijo otra vez, no podriais impedir que se convirtiera.

Clemente VIII se decidió, en fin, á prometer la absolución y arregló las varias condiciones de la penitencia.

La penitencia tenía tres puntos. Enrique IV se comprometía, en primer lugar, á cumplir ciertas ceremonias religiosas él y sus sucesores (3); en segundo lugar introducía en Francia la observancia de los cánones del Concilio de

(1) Herrera, t. III, p. 506.

(2) Ossat á Villeroy, t. I, p. 294, mayo, 1594.

(3) Los reyes de Francia venían obligados desde aquella época á rezar el rosario todos los días, las letanias los miércoles, la corona los sábados, y á oír misa todos los días (Art. XI del tratado).

Trento (4); en fin, se sometía á la pena de azotes; mas para esta formalidad fué desde luego autorizado para dar procuracion á Ossat, obispo de Rennes, y á Perron, obispo de Evreux.

El día 17 de setiembre de 1595, ante el Padre Santo que estaba sentado en un trono cubierto de riquísimo paño (5) y rodeado de cardenales, auditores de la Rota, capellanes de cámara, familiares secretos, y los embajadores de Venecia, Saboya y Ferrara, se adelantaron por en medio de una hilera de veinticuatro penitenciaros armados con sendas varas, los dos prelados franceses. Postráronse á los piés del Padre Santo, y se les dió lectura de la confesion del rey de Francia, que reconocía sus apostasías y su pecado de haber recibido una absolución ilusoria en Saint-Denis; luego se les hizo renovar la confesion de estas culpas, renegar de la absolución ilusoria é implorar la única verdadera absolución, que es la del papa. Al mismo tiempo declaraban en nombre de Enrique IV, y como mandatarios suyos, que se entregaban á la Inquisicion, se ofrecían á la penitencia y se aprestaban á aceptar las condiciones que les fueran impuestas. Entónces uno de los penitenciaros entregó una vara al maestro de ceremonias, quien la pasó á su vez al cardenal Montalto. El cardenal llevó la vara al papa, quien la tomó, y mientras los cantores entonaban el *Miserere*, los dos prelados franceses fueron azotados por el papa á cada versículo (6).

Clemente VIII quedó tan satisfecho de este acto, que perpetuó su recuerdo con una cruz, que existía aún en 1875 en medio de una calle, y que el municipio de Roma hizo depositar en la iglesia de San Luis de los franceses á instancia de nuestro embajador Mr. de Corcelles. Entre los españoles, causó el acto grandísimo alborozo y sus historiadores no omiten ningun detalle de esta grotesca humillacion de su enemigo.

(4) Esta concesion fué anulada por los parlamentos, no siendo ejecutada sino en 1615.

(5) Véanse las piezas del tratado y las Memorias oficiales en las *Embajadas y negociaciones del Ilmo. cardenal Perron*, Paris, Besogne, 1633, t. I, p. 288 y 322. Los hechos están exactamente indicados por Aubigné, t. III, p. 431; Anquetil, t. III, p. 327; y sobre todo con gran lujo de detalles por Herrera, t. III, p. 509.

(6) «Procumbentibus humi eisdem Dominis Jacobo et Arnaldo procuratoribus ante pedes Suae Sanctitatis in plano solii Pontificalis, illustrissimus et reverendissimus D. Alexander cardinalis Montaltus exhibuit in manibus ejusdem nostri Papa virgam quam Paulus magister ceremoniarum ab uno ex supradictis Penitentiaris habitam porregerat et dum cantores cantabant psalmum *Miserere*, D. N. Papa in singulo versiculo dicti psalmi verberabat et percutebat humeros praedictorum et cujuslibet ipsorum cum virga praedicta quam pro manibus habebat.»

CAPÍTULO VI

GUERRA ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

1595-1597

COMBATE DE LA FONTANA FRANCESA.—SITIO DE LA FERÉ.—SITIO DE AMIENS

I.—Combate de la Fontana Francesa

Desde la campaña de Normandía, se consolidaba cada año más el poder de Enrique IV: en 1592 había rechazado de Francia el último ejército de Farnesio; en 1593 había obligado á la Liga á aceptar la tregua y reunido á los católicos con su abjuracion; en 1594 había ganado á Paris y los valles del Sena y del Loira. Ahora es, verdaderamente, rey de Francia. Puede ya dejar la ficcion que simula una paz aparente con España, mientras se desgarran los dos pueblos en lucha encarnizada; no sigue la política de Catalina de Médicis, que enviaba cariñosas cartas á Felipe II, mientras procuraba herirlo en Francia, en Flandes y las Azores; prefiere declarar francamente la guerra, como lo hizo el 16 de enero de 1595.

Este acto oficial le saca de una falsa situacion y obliga á todos los gobernadores á someterse á su autoridad ó á declararse españoles: desde ahora, no hay ya partido ni pretexto entre Enrique IV y Felipe II.

El año 1595 va á consagrarse á defender el país contra dos ejércitos españoles, y los triunfos de 1596 permitirán creer que se ha acabado la lucha; pero el accidente de Amiens obligará á Enrique IV á entrar de nuevo en campaña y sólo entónces se pensará en la paz.

Mucho tiempo hacía que Francia no tenía aliados. Isabel, es verdad, preparaba una diversion en España; pero este ejército que debía arruinar y abatir á Felipe II, no pudo ejercer una influencia inmediata en la suerte de la campaña de Francia. Los alemanes despedían á los enviados franceses sin concederles nada (1); el calvinista Ancel, que se agitaba mucho entre los luteranos alemanes, se mostraba

inferior á los demás diplomáticos franceses de la época (2). Venecia (3) y Toscana temían demasiado la vecindad de los regimientos de Felipe II en Italia, para enviar otra cosa que embajadores y dinero, prestado á crecido interés.

El duque de Lorena tampoco hubiera querido comprometerse. Su hija, la duquesa de Toscana (4), había negociado su reconciliacion con Francia (5), y habiendo embolsado muy buenos escudos de Enrique IV, pretendía el de Lorena permanecer neutral en medio de las hostilidades, pero no pudo tener á raya la impaciencia de sus caballeros, quienes creían que su honor no estaba satisfecho, mientras no se distinguieran al lado de la bandera blanca. Un puesto en los legendarios escuadrones de Enrique IV, era la verdadera gloria. El duque no se atrevió á negarles esta gracia, y luego que le fué arrancado el permiso, los caballeros loreneses, á las órdenes de Tremblecour y de Haussonville, acudieron á Francia. El duque de Lorena, tímido y envidioso, se vengará en Tremblecour.

El refuerzo de las espadas que abandonaban á los degenerados Guisas para adherirse al rey de los bravos, era precioso en tales momentos, porque Mayena introducía en Borgoña un ejército español y reanudaba sus lazos con los ligeros para entregar la plaza de Lyon á Felipe II (6).

Sin renunciar á un nuevo ataque por el Norte, Felipe II había reunido las guarniciones de Italia y de Sicilia en un fuerte ejército que mandaba el gobernador del Milanesado, Don

(2) Mision de Ancel. Véase también Mothley, t. III, p. 411 y 417; Thou, l. CXVIII, y Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 122.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 115.

(4) Cristina, hija de Carlos III y de Claudia de Francia, nació en 1565, se casó en 1583 y murió en 1637.

(5) La Hougette, *Memorias*, t. III, p. 363.

(6) Herrera, t. III, p. 489.

(1) Mision de Felipe de Fresnes, señor de Canaye.